

CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro. *El santo rey don Fernando* (Primera parte). Eds. Ignacio Arellano, J. M. Escudero y M. Carmen Pinillos. Autos sacramentales completos de Calderón. 27. Kassel: Edition Reichenberger; Pamplona: Universidad de Navarra, 1999. 203 pp. (ISBN: 3-931887-69-3)

Con la publicación de *El divino Jasón* en 1992 daba comienzo uno de los proyectos más formidables de la filología española reciente: la publicación en ediciones críticas y anotadas de todos los autos sacramentales de Calderón. En su momento, fue un proyecto que hubiera podido ser tildado de ambicioso si no mediaran en él el incansable fatigar filológico de Ignacio Arellano, rayano en el realismo mágico; el buen hacer del GRISO y la solvente ejecutoria editorial de Edition Reichenberger. Muchas ediciones han llovido desde entonces, a cargo de renombrados hispanistas. Aproximadamente un tercio de los autos está ya a disposición de público y especialistas, lo que da idea del ritmo y determinación del proyecto. No hay sino felicitarse por poder contar con tan magníficas ediciones y agradecer a sus promotores y editores la generosidad en el esfuerzo y el buen hacer filológico del que hacen gala.

La edición de la que se ocupan estas líneas, la de la primera de las dos partes que componen *El santo rey don Fernando* se articula, como sus hermanas de serie, en torno a un esquema compacto. Primero nos encontramos con una completa introducción de carácter filológico-contextual (circunstancias de composición, estructura, métrica y aspectos ecdóticos y textuales del auto), reforzada con unos apéndices de carácter histórico y literario. De esta introducción merecen destacarse la profusa información sobre aspectos puramente representacionales del auto (7-18), así como un detallado estudio de los aspectos textuales; en especial de la estructura compositiva (18-45). El resto del volumen está compuesto, además de por los criterios de edición y por el texto del auto, por una completa bibliografía y por los siempre útiles índices y listas de abreviaturas, variantes, notas e ilustraciones. En concreto, los de variantes y notas son, junto al texto anotado del auto, lo más valioso para el especialista; un auténtico regalo con el que éste puede localizar prontamente cualquier referencia puntual de su interés. Para el lector en general, los índices constituyen una inestimable ayuda que, dicho sea de paso, no siempre se encuentra en otros empeños editoriales.

El santo rey don Fernando suma otras peculiaridades a su condición bipartita: sus incuestionables autoría y supervisión calderonianas. Se trata, en efecto, de uno de los doce autos impresos en vida del dramaturgo en la *Primera parte* de sus autos sacramentales (Madrid: Fernández de Buendía, 1677). De esa edición príncipe toman los editores el texto y partiendo de ella marcan con asterisco las variantes presentes en los escasos manuscritos que se conservan del auto. Su condición de publicado hace que la transmisión textual no presente, a diferencia de otros, problemas serios.

Calderón escribió las dos partes de *El santo rey don Fernando* en 1671 para la celebración madrileña del Corpus. La elección del rey como *leit motiv* del "auto historial" no fue casual: Fernando III había sido canonizado por Clemente X el 7 de febrero de ese mismo año. El doble auto se articula, a grandes rasgos, en torno a un núcleo de carácter doctrinal y propagandístico constituido por el triunfo de las tres virtudes teológicas, Fe, Esperanza y Caridad, sobre sus enemigos. A este núcleo teológico le prece-

den la introducción doctrinal (los tres enemigos de la religión católica, Alcorán, Apostasía y Hebraísmo conspiran contra ella) y la histórico-hagiográfica (descubrimiento del libro profético en el reinado de Fernando III y elogio del linaje, cualidades y virtudes de éste). Entre medias nos encontramos con un eje humorístico constituido por un breve episodio entremesil en el que la figura del rústico siembra la discordia entre Hebraísmo y Alcorán (vv. 772-890). A lo largo de esta primera parte del auto asistimos a los triunfos de la Caridad (sobre el hebraísmo) y de la Fe (sobre la apostasía), dejando el tercero, el de la Esperanza sobre el Alcorán, para enhebrar la segunda parte de *El santo rey don Fernando*. Hay pues en esta primera parte un esquema tripartito y oposicional (las tres virtudes frente a sus respectivos enemigos), ya presente en autos como *El segundo blasón del Austria*. Esa triple oposición acabará resolviéndose en este caso con triunfos simbólicos de la Caridad en forma de conversión del Hebraísmo (vv. 1019-20) y de la Fe sobre la Apostasía, al acarrear el propio Rey la leña con la que se quemará al hereje albigense (vv. 1458-1500). Al fin de esta parte se anticipa también el de la Esperanza, en forma de derrota del Alcorán y conquista de Sevilla, dejado hábilmente para el segundo auto. Esa prefiguración corre a cargo de los santos sevillanos Isidoro y Leandro, que conminan al Rey (vv. 1669-1708) a que, amparándose en las virtudes que lo adornan (de nuevo Fe, Esperanza y Caridad), emprenda la conquista y rescate de Sevilla y la consiguiente derrota del Alcorán.

Como un aspecto reseñable del auto hay que apuntar también el buscado paralelismo entre Fernando III y Carlos II, en tanto que defensores de la fe católica. No repara en este sentido Calderón en apelar a parentescos dinásticos y paralelismos histórico-religiosos (vv. 217-311) que ligen al último Austria con momentos más gloriosos para España y para la propia dinastía. Este carácter de defensa de la institución monárquica y de reforzamiento de la figura del Rey que en diversa medida desprenden algunos autos (*El segundo blasón del Austria*, *La segunda esposa*, el auto que nos ocupa) aunque aparentemente secundario e incidental cobra significado visto bajo un prisma maravalliano de instrumentación propagandística del teatro aurisecular; tanto más en reinado tan feble y malhadado como el del último Austria. Este carácter religioso-propagandístico cobra mucha más fuerza cuando se piensa en la más que probable presencia real en la representación de estos autos.

Un aspecto que no quisiera dejar de señalar es el de la interconexión y riqueza de la anotación. En cuanto a la segunda, sirva de ejemplo la dedicada al verso 336, “de Santiago y Calatrava”, que da pie a una documentadísima alusión al contexto fundacional de estas órdenes militares así como a un amplio abanico de fuentes y referencias epocales. Se rinde así un doble servicio: informar de modo riguroso al lector no especializado y al estudiante, que pueden encontrar referenciados conceptos, voces, personajes o instituciones de escaso eco para el lector moderno mientras sacian la curiosidad (otros dirían que la deformación profesional) del especialista.

Con todo, creo que uno de los logros más aparentes de este empeño editorial en su conjunto es el de poder poner en conexión las notas que acompañan las diferentes ediciones. Esta interconexión de las notas es herramienta tanto más útil si va acompañada, como es el caso, por su accesibilidad en internet a través de la página *web* que

mantiene el GRISO (<http://griso.cti.unav.es/home.html>). Aunque el banco de notas esté limitado a día de hoy a las de los diez primeros autos editados, uno no puede sino felicitarse por tan generosa iniciativa y animar de manera entusiasta a su continuación y ampliación. Las ventajas y posibilidades de este acopio e interconexión de las notas, que, de alguna manera, sigue la senda abierta por Flasche son obvias: emparentar alusiones, estudiar la intertextualidad y las técnicas de escritura calderoniana, su frecuentación de temas y motivos, etc. Por poner un solo ejemplo, a resultas de la aparición de la parábola de los invitados que se presentan a la boda sin el atuendo adecuado, los editores recuerdan (31) lo frecuente de su aparición en Calderón, así como su utilización argumental y por extenso en el auto *El nuevo hospicio de pobres*. Esta interconexión de aparatos críticos y de anotación hace que, además de agilizar y homogeneizar las ediciones, estas puedan establecer un cotejo constante con el resto de la producción sacramental calderoniana a la vez que enriquecer constante y progresivamente en el proceso el banco de datos, de concordancias, intertextualidades y referencias cruzadas que presentan los autos. Las partes van enriqueciendo el todo y éste a su vez a las partes. Lo dicho: un auténtico festín filológico a celebrar sin reservas.

Carlos M. Gutiérrez
Universidad de Cincinnati

DÍEZ DE REVENGA, Javier. *La poesía de vanguardia*. Madrid: Ediciones del Laberinto, 2001. 224 pp. (ISBN: 84-8483-006-3)

Los lectores de poesía de entre veinte y cuarenta años nos formamos como tales en la poesía española inmediatamente anterior a la guerra civil. Para muchos, la poesía empezó siendo sencillamente la de las generaciones de entreguerras, que aunaban dos atractivos históricos tan discutibles como evidentes: por un lado, se veía en aquella "edad de plata" de la literatura española un momento en el que se alcanzaba una altura, una variedad y una oportunidad sólo parangonables a las logradas en el Siglo de Oro, además de un contacto con las literaturas europeas de una intensidad poco frecuente; por el otro, muchos de los nombres que componen aquella constelación privilegiada de poetas aparecían ante los lectores jóvenes como héroes maltratados por el régimen político que terminó durante nuestra niñez pero que habían sido recuperados —hasta el hagiografismo más flagrante, en algún caso— por la vigente democracia.

La incorporación de la vanguardia a la tradición —o, sencillamente, la relación entre tradición y vanguardia— aparece, no obstante, rodeada de una creciente complejidad conforme uno se aleja de lo tangencial o extraliterario. La vanguardia es asimilada y "metabolizada" por la tradición en muchos de sus fenómenos: lo demuestran el ocasional surgimiento y consolidación de una vanguardia "oficial" u "ortodoxa"... o la existencia de libros como éste de Francisco Javier Díez de Revenga. Lo que históricamente fue vanguardia hoy es parte del acervo de la tradición. La vanguardia o se hace tradicional —deja de ser vanguardia en el sentido original y bélico— o se constituye en tradición.